

No es ésta la primera tentativa de semejante Exposición de Higiene: ya muy adelantadas las instalaciones, y próxima á inaugurarse la misma en el 12 de Mayo del año pasado, un fuego voraz destruyó tan hermoso proyecto y arrebató de pronto queridas y nobles esperanzas. Cualquiera otro pueblo se hubiera sentido aplanado ante la enormidad de su desgracia, y hubiera desistido de acometer nuevamente la realización de su empresa; pero cuando un país tiene los monstruosos alientos de esta raza germánica, y la confianza suya en la abundancia y excelencias de sus recursos, logra hacer que de las propias cenizas, como destinadas á tumba de una idea ya muerta, renazca otra vez esa misma idea, aún mas grandiosa y robusta que la primitiva, como si todo aquel fuego, aquellas pavesas y aquellos desmayos sentidos en los terribles momentos de prueba, se convirtieran en poderosos estímulos de robustecimiento y exaltación.

Decir cómo, sobre el mismo campo de escombros, se constituyeron nuevas Comisiones de organización; cómo la Emperatriz Augusta, el Príncipe heredero, canciller, mi-

nistros y altas personas animaron á la reparación de lo destruído; cómo los expositores, con grande entusiasmo, aplicaron de nuevo manos á la obra hasta completar sus instalaciones, y cómo, por último, se levantó un bonito palacio de cristal y hierro para alojarlas, sería extenderme en una relación gratísima para quien adora estas fervientes pruebas de gran cultura, pero impertinente en carta como la que escribo. Se hizo todo lo necesario para que la Exposición, no sólo resultara brillante, sino un testimonio elocuentísimo de que la Alemania, que figuró á la cabeza de las demás naciones, en la Exposición Internacional de Bruselas, del año de 1880, por sus adelantos en Higiene, valía todavía mucho más de lo que mostró valer entonces.

Forman la Exposición el palacio ya dicho, como depósito fundamental de las exhibiciones, y á su derecha un número crecido de pabellones, diseminados entre la arboleda del parque y revueltos con otros pabellones destinados á cervecerías, *restaurants*, cafés...; entre aquél y éstos cruza la arcada que sostiene el famoso viaducto del ferrocarril me-

tropolitano berlinense, aquella espléndida construcción de estrategia militar de que ya me he ocupado en otra carta.

El palacio central, todo de cristal, hierro y zinc, es una construcción aérea, elegante y al mismo tiempo sencilla, de forma cuadrada, que tiene en su plano posterior una prolongación central que remata en cruz, y dos galerías en hemicíclo. La fachada principal la forma el arranque de cinco naves: una central, elevada, rematada en plataformas, torreoncillos, cúpulas bulbiformes..., y dos á cada lado, más bajas. Interiormente, las instalaciones se han dispuesto á los lados de siete calles, cruzadas por otras siete perpendiculares.

Los arcos del viaducto, ocupados por establecimientos de consumo y exhibiciones, aumentan en cantidad considerable la riqueza de la Exposición.

Las grandes dificultades, mejor dicho, la imposibilidad de trazar límites absolutos á cuanto abraza la Higiene, es causa de que el programa de esta Exposición haya resultado muy amplio, y, en su consecuencia, que se vean en las instalaciones tantos objetos qui-

zá impertinentes, y más adecuados para una Exposición de carácter industrial que para ésta de Higiene. Sin embargo, como todo entraña una mejora, una observación, un accidente previsto, un peligro evitado, un inconveniente vencido..., etc., nadie podría negar que tiene tanto derecho á la inclusión el material sanitario que opulentamente aquí se exhibe, ó los calcetines y zapatos hechos con arreglo á un estudio anatómico del pie, como lo tienen el más precioso aparato de desinfección ó el cuadro más sorprendente de un alcantarillado urbano.

Los objetos expuestos se dividen en seis secciones y treinta y cuatro grupos, que no he de descender á enumerar, porque equivaldría á presentar el índice de un Tratado de Higiene, donde aparecen: desde el análisis cuantitativo de una sustancia alimenticia cualquiera, que sostiene al bracero, hasta el freno del coche, el tope de resorte ú otros medios que aseguran la vida del opulento que pasea en carretela; desde el estudio del aire que respira el criminal, hasta la cuna que recoge al recién nacido abandonado de su madre; desde los caracteres, tipos y papel

de la hoja impresa donde la inteligencia se desarrolla, hasta el horno crematorio donde nuestros huesos se calcinan; desde el pararrayos que conjura los peligros de las descargas eléctricas, hasta los aparatos que desarrollan ese mismo agente y lo convierten en luz, y desde la sencilla tira de lienzo hasta el tren sanitario.

Además, si yo dijera que en mis seis ó siete visitas á la Exposición he podido enterarme de su contenido y medir el alcance que entrañan sus progresos, faltaría á la honradez de un hombre serio. Ni tal obra he realizado, ni he pretendido siquiera realizarla, porque aquello es inmenso. Me he asomado á las instalaciones como se asoma el paseante á las orillas del mar, cuya grandiosidad calcula; y me he enterado de lo que encierran como se entera el viajero de las comarcas que atraviesa á escape sobre unas paralelas de hierro.

Uno de los elementos instructivos que abunda extraordinariamente, supone mayor contingente científico, encierra más trascendentales enseñanzas, y que por lo sintético y poco abultado de su expresión exige gran-

de paciencia y trabajo para conocerle, es el representado por lo que se llama *método gráfico*.

El método gráfico, que hoy goza de un desarrollo prodigioso en muchos estudios, le tiene de los mayores en Medicina, porque sus ramas auxiliares y fundamentales necesitan, como las que más, de los resultados de la Estadística.

Colgados por las paredes, tapizando extensos lienzos murales, ó amontonados sobre mesas y tableros, formando abultados paquetes, ó llenando grandes carteras, por todas partes se contemplan hojas de papel y de tela manchadas por columnas, segmentos y zonas de distintas formas, círculos, casillas, cuadrículas de tamaños y colores variadísimos, sobre las cuales se ven líneas rectas ó curvas, de raya ó punteadas, con asteriscos ó sin ellos, que corren con atáxica, con loca irregularidad, subiendo y bajando, unas veces bruscamente, por sacudidas violentas, como si las trazara la convulsa mano de un epiléptico, otras con suavidad, con elegantes ondulaciones, como si las dibujara el lápiz delicado de un pintor, teniendo siempre encima,

debajo, ó entre sus márgenes, inscripciones, cifras, signos...

Pues estas columnas, rayas, círculos, cuadrículas, colores, cifras, anotaciones..., son la expresión elocuentísima y espontánea de un estudio largo y minucioso; de una investigación que ha durado semanas, meses, años..., y consigna el desarrollo de mil fenómenos, su intensidad, sus proporciones, alusivos aquí á los hospitales, allá á la policía urbana, en este punto á mortalidad, en aquel otro á oscilaciones meteorológicas. Y como no ha tocado una sola vez al papel la punta del pincel ó de la pluma sin que un cálculo interesante y un dato transcendental hayan precedido en la mente del dibujante, ¿quién sería capaz de registrar como se merece lo que encierran estos libros, sobre los que el visitante recorre á menudo con indiferencia su mirada? ¿Quién sería capaz también de referir los afanes y las cavilaciones que entrañan, las alegrías y torturas, las tentativas frustradas y las asperezas vencidas que han costado?

Pues este carácter pronunciadísimo hace muy difícil y penoso el estudio de la Expo-

sición, dificultad que todavía aumenta cuando se advierte que algunas carteras tienen un letrero que prohíbe curiosarlas, no obstante lo absurdo que tal disposición puede parecer.

El estudio del alcantarillado de las poblaciones, tubo intestinal que se arrastra por el espesor del subsuelo, es, según viene demostrándolo la Higiene, uno de los medios más poderosos de salubridad ó enfermedad, y aquí revela ser objeto de grandes preocupaciones para los hombres de ciencia.

Se ha necesitado la experiencia de largos años, el estudio porfiado de muchas ciudades, el azote inclemente de las endemias y epidemias, y los asombrosos saneamientos á veces conseguidos, para que los Municipios de los países adelantados fijen su atención en el subsuelo de las villas y adviertan que allí, y sólo allí, reside en ocasiones la clave de las enfermedades que diezman á sus administrados; por eso muchas poblaciones, y Berlín entre ellas, han presentado notables estudios y trabajos admirables en este sentido; pero nada de lo expuesto sorprende y asombra tanto como el plano extenso de su alcanta-

rillado que presenta la ciudad alemana de Dantzig, acompañado de las estadísticas de mortalidad antes y después de la reforma.

Otros dos problemas de los principales, entre los muchos que, según demuestra esta Exposición, vienen preocupando á los hombres de ciencia, son los referentes á la calefacción y ventilación de los edificios públicos, teatros, enfermerías...

Sobre la base de los propulsores conocidos, el agua, el fuego y el vapor, se han presentado un sinnúmero de procedimientos y aparatos para poder obtener dicho objeto con más economía, eficacia y comodidad. Desde la modesta chimenea cuyas aberturas, curvaturas..., se reforman, hasta la grandiosa máquina con lujo de tuberías, recámaras..., que funciona á vapor en algunos soberbios hospitales, de todo se encuentra en la Exposición.

A este tenor podría ir refiriendo de otros materiales, que por brevedad omito.

Al querer juzgar fundamentalmente esta Exposición, se advierte pronto que es una prueba más, lanzada con valentía, de que Alemania mira con indiferencia absoluta el

progreso de los demás pueblos británicos, eslavos..., y sobre todo latinos. Confiada en sus hombres, en sus adelantos y en sus recursos, ha hecho una Exposición completamente alemana, donde sólo por galantería excepcional ha podido Italia colocar alguna pequeña muestra de su valer.

Por este motivo se comprende que aquí no haya nada en francés: catálogos, letreros, indicaciones..., todo es alemán puro.

Para ser una Exposición de raza, el resultado ha sido superior á cuanto se podía esperar de naciones que, como el Austria y la Alemania, permiten ya esperar mucho. La Higiene revela aquí, no sólo su grande importancia, sino sus asombrosas conquistas y sus gigantescos destinos en la vida ulterior de los pueblos.

La necesidad de halagar á los expositores, antes que de ceñirse estrictamente á las exigencias de una buena ordenación y colocación, ha sido causa de que los objetos pertenecientes á un mismo grupo se encuentren barajados, y que á las dificultades naturales del idioma, prohibiciones..., sume el extranjero, que quiera estudiar bien estas coleccio-

nes, el de ir buscando por toda la Exposición lo que debiera estar unido.

Y diremos, por último, que la característica de la Higiene se encierra hoy principalmente en los gráficos y en los grandes inventos para la ventilación, calefacción y desinfección, desde el individuo á las poblaciones.

*
* *

Esta Exposición de Higiene es ahora, durante las noches, el único sitio de Berlín donde se reúne toda clase de personas. Al llegar la noche, las instalaciones desparramadas por el parque y el gran cuerpo central se cierran; sus pabellones comerciales, cafés, *restaurants*, tiendas de bebidas..., etc., se conservan abiertos; profusión de luces se encienden, las aguas de la cascada y el lago corren abundantes, bandas de músicas suenan, y esto se convierte en un hermoso centro de recreo, mucho más agradable que nuestro Jardín del Buen Retiro.

El parque es altamente encantador en todos los puntos; pero yo no olvidaré uno de ellos en donde la casualidad, más que el es-



tudio, ha compuesto un cuadro hermosísimo, digno de una apoteosis teatral. He aquí su descripción:

Por delante, en terreno algo hundido, un pequeño lago de orillas flexuosas y alfombradas de césped, en cuyo centro brota un surtidor abundante que se abre en ancha cesta, y lanza desde su medio á grande altura un grueso chorro; más allá, tras un término de clara arboleda, se tiende de uno á otro lado la robusta arcada del famoso ferrocarril metropolitano, dos de cuyos arcos sirven como embocaduras ó cuadros de un panorama, que deja ver más lejos la bellísima decoración de un jardín, esmaltado de pabellones, en cuyo ambiente se confunden los reflejos plateados de un crecido número de lámparas eléctricas, y los dorados de centenares de luces de gas, formando entre las arboledas una serie de términos que se van desvaneciendo insensiblemente, y entre los cuales centellean y se mueven letreros dorados, farolillos, gallardetes, flámulas...

A la izquierda destácanse entre numerosos pabellones, asomándose por encima de copas de árboles, y resaltando con brillantez sobre

el fondo oscuro del cielo, las torres, remates y banderas de la bonita fachada del palacio central, un conjunto de líneas y planos donde se refleja la fuerte iluminación eléctrica. A la derecha existe una pequeña elevación del suelo con arboledas y pabellones, templetos donde bandas militares tocan escogidas piezas, á todo lo cual corona una instalación inflamada, rebosante de luz eléctrica, sobre la que se lee, en caracteres de fuego, el nombre del famoso *Edison*.

La animación es grande, y la aumenta á cada dos ó tres minutos un estrepito sordo, que surge lejos y va creciendo con rapidez: es un tren del ferrocarril metropolitano, que aparece pronto por uno de los extremos del viaducto, con su ojazo rojo en el centro de la negra cabeza, brillando como un inmenso zafiro, y otro farol verde, especie de gigantesca esmeralda, en la cola; al llegar aquí, disminuye algo su velocidad, pasea su larga fila de coches encendidos, que resaltan sobre el nocturno espacio, y va proyectando densa columna de vapor, que se tiende horizontalmente, y al iluminarse por detrás con la fuerza de la luz eléctrica, forma sobre la os-

curidad una gasa fosforescente, que ondula con graciosa esbeltez. En este momento, la belleza del cuadro es tan grande, que aun las personas más indiferentes se quedan arrobadas: el rumor del agua de las cascadas y del lago, el resoplar de válvulas de escape, el zumbido de los volantes, el estruendo de tres ó cuatro bandas militares y de una orquesta, el discurrir de millares de concurrentes sobre aquel hermoso escenario..., forman un concierto, una riqueza armónica tan grande de variadas luces, colores, músicas, líneas, jardines, arboledas, banderas, agua, vapor y pabellones; de apuestos militares, mujeres hermosas y elegantes, y de otras personas de todas clases de la sociedad, que deleita los sentidos; cuadro grandioso, que todavía completa la Luna, cuando, ganosa de esta contemplación, brilla en los cielos, y asomando su ancha faz, parece que *abre sus ojos y su boca* como en testimonio de asombro.

XVII

OPERNHAUS

Viena, 25 de Agosto.

El teatro alemán, bajo su aspecto funcional ó de mera representación, tiene, comparado con el nuestro, algunas diferencias notables, que le hacen, al menos en mi concepto y gusto, más estimable y serio. He podido asistir á varias representaciones, y creo poder señalar los más salientes rasgos, los que primero fijan la vista y atención de cualquiera espectador que no pretenda alardear de perito.

Para exponerlos, me basta recordar mi asistencia á la representación de la ópera alemana titulada *Carmen*, en el primero de los dos reales teatros de Berlín, en el Teatro de la Ópera, es decir, en el llamado *Opernhaus*.

Hacía tres noches que había comenzado la temporada, de lo cual se infiere que en Ber-

lín suele comenzar mucho antes que en Madrid, sin que la no caducidad del verano, ni la ausencia de las distinguidas familias emigrantes, puedan impedirlo. Un revendedor de billetes me proporcionó localidades, ilustrándome antes acerca de su bondad, con un plano minucioso del salón, y solicitó medio marco (tres reales escasos) por el despacho de tres butacas en segunda fila, cada una de las cuales costó cinco marcos (25 reales).

A las siete de la tarde penetrábamos por las modestas puertas que tiene el suntuoso Teatro de la Opera, una sólida construcción de piedra, edificada en 1742, quemada en 1843 y rehecha luego, de estilo romano, levantada en lugar próximo á los Palacios del Rey y del Príncipe heredero, frente á la Universidad, en uno de los extremos del Unter den Linden, como si dijéramos, una especie de Rambla de Barcelona.

Baja de techo y sin apariencia grata la entrada, pronto se llega á las galerías circulares contiguas al gran salón. Nadie nos había pedido los billetes, ni en la entrada hay persona alguna encargada de llenar este requisito, tan indispensable en los teatros de Espa-

ña; al pasar al salón, un revisador se cuida de curiosear las localidades, más bien con el objeto de indicar hacia dónde se hallan, que con el de evitar intrusiones: se supone que nadie ha de meterse voluntariamente donde no debe, y se prescinde de revisiones innecesarias; que, de otra parte, tampoco tenía ocasión de hacer el acomodador, entretenido, con grande afán, en despojar á todos los que pasaban por su puerta, señoras y caballeros, de sus gabanes, paraguas y sombreros, todo lo cual colgaba en unas perchas fijas á lo largo de la pared convexa, ó la más interna, del pasillo, y en reclamar sus derechos, próximamente un par de reales por entrega.

A cuerpo y con la cabeza descubierta, ganamos el salón, y en seguida nuestras butacas, que hallamos dispuestas de igual manera que en nuestros teatros, y, por consiguiente, de un modo distinto á como las tienen muchos teatros franceses, belgas é italianos, y aun austriacos, como después vi en la Opera austriaca, donde sobre el suelo del patio existen hasta tres localidades de muy diferentes precios y comodidad.

La sala es menos alta y más pequeña que la de nuestro Teatro Real de Madrid; á los costados, y en primer término, tiene tres filas de palcos, en cada una de las cuales hay tres palcos, desiguales entre sí, anchos los centrales, más estrechos los laterales, y más bajos de techo los de los pisos inferior y superior que los del medio; dos pilastras acanaladas de orden corintio, sobre cuya parte inferior se apoyan algunas estatuas blancas, creo que de escayola, los separan de arriba abajo en series de tres; encima del entablamento que, con estas pilastras, viene á representar un orden arquitectónico, se advierten otros tres palcos, ya muy pequeños, achata-dos y defectuosos.

Después del primer término de palcos aparecen las galerías de anfiteatro, en número de cuatro sobre la platea; desahogada y hermosa la primera, algo menos la segunda, bajas de techo y asfixiantes las otras dos. Los extremos de las dos primeras están dispuestos de modo que forman dos palcos hermosos y capaces.

En el centro, y tomándose la altura de las tres primeras galerías, se luce el suntuoso

palco real, elipsoide, cuyas paredes están decoradas con seis columnas corintias y cinco arcadas intermedias en las que se abren tres puertas: otras dos simuladas. Seis grandes candelabros con tres bombas cada uno, pabellones y telas de raso rojo, cañas y adornos dorados sobre un fondo blanco, y cuatro ó cinco filas largas de sillones del mismo color y tela, constituyen la decoración de este palco, que, por su magnitud y su grandeza, resalta extraordinariamente sobre toda la sala, como su joya principal.

El público era numeroso y digno de examen: en tres de los cuatro palcos grandes de las galerías brillaban los uniformes de muchos militares; en los palcos y galerías había señoras con sombrero; en las butacas, los espectadores aparecían descubiertos, y las señoras con su cabeza despojada en absoluto de adornos; en todas partes, lo mismo arriba que abajo, una sencillez extraordinaria en el vestir: levitas y americanas, oscuras ó claras en los hombres, cuerpos lisos y peinados sencillos, en las mujeres. Aquella modestia del público en el primer teatro de Berlín formaba contraste con la suntuosidad y el tocado

que brilla siempre en el Teatro de la Opera de Madrid.

Comenzó la orquesta, y al levantarse el telón, la grande araña que ilumina la sala amortiguó su luz hasta dejar el teatro en una semioscuridad; en cambio, el escenario apareció fuertemente alumbrado, formando un singular y agradable contraste, en virtud del cual el lugar de la representación se desprendía de ese todo que forma en España con la sala, donde actores y espectadores se ven dentro del mismo sitio; simulaba mejor la existencia de una comarca ó de un lugar de sucesos, distinto del teatro, que el público apreciaba desde su asiento, como puede apreciar cualquier vecino, desde el fondo semioscuro de su habitación, una escena que ocurre en la calle ó en la plaza.

La ópera, cuyo argumento no he de presentar, se llama *Carmen*, y se supone desarrollada su acción en Sevilla; me acordé de la *Princesa de Canarias*, que vi en Amsterdam, porque allí juegan en torno de una gitana, Carmen, que es la heroína, bandidos, soldados, bailarines, toreros..., un *pot-pourri* extraordinario de escenas, gente y motivos

flamencos, aunque todo ello aparecía con un *cachet* y un idioma germanos.

Esta ópera es presentada con gran lujo, y en ella se agitan las vehemente pasiones de una gitana de Sevilla, desleal y caprichosa, tan siniestra como fascinadora; vive entre gente de pelo en pecho y corazón de bronce, y crea un tipo que gusta aquí extraordinariamente; *se dió* toda la temporada pasada y vuelve á darse en la actual. Los buenos berlineses, que alimentan la idea de que España es un país altamente romántico y encantador por sus costumbres, pero al cual no se puede ir por los bandidos..., etc. (¡lo de siempre!), ven en Carmen un reflejo de nuestra manera de ser, de nuestras ciudades, de nuestras costumbres, de nuestras *hermosas mujeres*, de nuestro cielo, de nuestra música..., y les gusta sobremanera, y aplauden todo lo ruidosamente que puede aplaudir un pueblo que jamás se permite grandes entusiasmos en el teatro.

Españoles que hace años viven aquí me recomendaban la música de Carmen, como música de color español: imposible me es juzgarla por una sola audición, pero sí dire